La escalera del hotel

Franz Werfel

Traducción de Olga García

«La pulida prosa de Zweig y el compromiso intelectual de Roth se unen en Werfel para asistir al ocaso del Imperio austrohúngaro»

mármara

م

La balsa de piedra, 9

Franz Werfel

La escalera del hotel

Traducción de Olga García

mármara

Título original: *Die Hoteltreppe*, 1927 / *Ein Versuch über das Kaisertum Oesterreich*, 1936
© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main

Primera edición: junio de 2018
© 2018 de la traducción: Olga García
© 2018 de esta edición: Mármara Ediciones
www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Úbeda
Ilustración de cubierta: *De iure belli ac pacis*, Hugo Grotius
Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos
Impreso en España — Printed in Spain
ISBN: 978-84-947189-6-0
Depósito legal: M-5992-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La escalera del hotel

INTRODUCCIÓN

La escalera del hotel junto con algunos relatos más, fue elegida por el propio Franz Werfel para su publicación en lengua inglesa en 1937. El volumen contenía una selección de las, a su juicio, más destacadas narraciones. Para una mejor comprensión por parte del público lector, fundamentalmente americano, el autor escribió el prólogo introductorio *Ensayo sobre el Imperio austriaco* que aquí se incluye.

La escalera del hotel fue escrita en 1927. Franz Werfel va informando en varias cartas a su amigo Stefan Zweig sobre el relato que está componiendo, y este a su vez también se dispone a redactar otra *historia de hotel*. En el mismo año, Zweig concluirá *El ocaso de un corazón*, una narración que tiene también por escenario un hotel a orillas del lago de Garda.

En los años veinte, las jovencitas literarias de Werfel, Zweig y Schnitzler (llámense Francine, Erna o Else) eran proclives a dejarse embriagar por el ambiente seductor del Grand Hotel, a utilizar la aparente libertad que les proporcionaban los lujosos hoteles alpinos para caer en el ocaso, como antes lo había hecho el mundo del que procedían.

Siegfried Kracauer comparaba el *lobby* de un Grand Hotel con la casa de Dios. Este era lo contrario a una iglesia. Si la casa de Dios estaba al servicio de aquel que a ella se dirige, el *lobby* del hotel servía a todos los que no se dirigen a nadie en el mismo. El hall de Werfel con su impresionante escalera y su cúpula coronada por la, no menos imponente, araña de cristal, tiene las dimensiones y el porte de una catedral, como el propio autor apunta. A este Grand Hotel en el norte de Italia bien se le puede atribuir la función de heterotopía de crisis, según la concepción foucaultiana. Y allí, hacia las alturas se dirige Francine por la majestuosa escalera. Cinco pisos habrá de recorrer. Es la ascensión penitente para expiar una culpa. Ella, como la Else de Schnitzler, se dispone a subir a su habitación;

el ascenso parece favorecer la meditación. Pasado, presente y futuro la asalta en cada peldaño.

Francine es una figura más de una sociedad que, en su desorientación tras la Primera Guerra Mundial, se ha vuelto superficial, y está marcada por el tedio existencial. La condición de estas figuras, supervivientes del derrumbamiento de un mundo, es lo que Franz Werfel intenta explicar en su ensayo introductorio, que constituye además una exaltación incondicional de la Monarquía Austrohúngara y del mito habsbúrgico, en unos años en los que su autor veía resurgir fuerzas nacionales demoniacas; el avance del nazismo y del antisemitismo en Europa.

Olga García

Meran / Merano, noviembre 2017

ENSAYO SOBRE EL IMPERIO AUSTRIACO

1

Este libro comprende una serie de relatos y novelas, algunos más bien largos, y otros más bien cortos; pero que en un sentido profundo constituyen una unidad. Aunque no se trata de la unidad de una modesta *Comédie humaine*, que presenta incidentes encadenados y personajes que intervienen de forma cíclica. Ni tampoco la unidad de la conciencia póstuma, que resucita los restos de un pasado, reuniendo de nuevo las piezas que lo componen. No, la unidad de este libro es la unidad del mundo que revive y sitúa las cosas en su sitio, aunque sin hacer de él exactamente un retrato. Un mundo único y memorable, aquel, cuyo nombre estaba en boca de todos; pero que no obstante pocos conocieron, tal vez solo aquellos que lo vivieron en lo bueno y en lo malo; es decir, sus hijos.

Este mundo ha desaparecido para siempre. Después del prolongado crepúsculo de su vejez, murió; y su muerte no fue fácil, sino una dolorosa agonía. Muchos de sus hijos viven todavía, y entre ellos algunos pertenecen a dos mundos al mismo tiempo: a aquel mundo muerto, que por vivir ellos no ha muerto aún; y al mundo nuevo de sus herederos, que se apoderaron de él, como de las mercancías de una liquidación. Pero este pertenecer a dos mundos, este abrazar dos épocas dentro de una misma alma, es una condición verdaderamente paradójica, rara en la historia, y que se ha producido en pocas generaciones humanas. Ocurrió tal vez tras la caída de Roma, y cuando sobre el suelo de Italia surgieron nuevos estados, dando lugar a generaciones con un destino similar al que hacemos referencia ahora.

Todos los mortales nacidos en el último siglo que vivan aún en nuestros días, no importa el país al que pertenezcan, están partidos en dos épocas. Y deben poner en juego todas sus fuerzas para dominar esta difícil condición. ¡Quién sabe si mucha de la necesidad interior que impera en nuestro tiempo

no es debida a esta doble existencia secreta! Pero pertenecer a dos mundos es el legado de los hijos que nacieron de aquel mundo muerto cuyo nombre enseguida revelaremos. Y el autor mismo de las historias de este libro es uno de ellos. Él se ha puesto a escribir este ensayo sin ninguna intención histórica; no se ha propuesto capturar en densas redes lingüísticas las sombras de aquel mundo ya desaparecido para siempre. Solo ha querido narrar sobre los seres y los trasuntos de su propia juventud. Todos estos relatos nacieron en el transcurso de muchos años. Los primeros de ellos surgieron durante el crepúsculo de aquel mundo. Son fruto de la agonía. No ha de sorprender que su sello sea el sueño y la muerte.

2

¿Qué mundo era ese entonces? Llevaba un gran nombre y sin embargo, era más grande aún que el nombre que llevaba: el Imperio austriaco, o la Monarquía austrohúngara. Esta última designación no está exenta de un cierto artificio, y para

oídos sensitivos presagia ya la decadencia del imponente Imperio. Un Imperio imponente en verdad, y no solo por su extensión, sino también en cuanto a la indescriptible variedad colorística de sus paisajes y de sus pueblos. Aquí quizá espíritus escépticos preguntarán: «¿Y cómo? ¿Acaso todos esos coloridos paisajes han sido destruidos por un terremoto, y aquella diversidad humana ha sucumbido con él? ¿Es que no son estas montañas, valles y llanuras, las mismas que han existido durante siglos, al igual que los habitantes que las pueblan? ¿Puede ser cierto, después de todo, que lo que aquí denominamos un mundo pueda realmente extinguirse y morir? ¿Acaso detrás de estas afirmaciones no está la exageración y la irrealidad de la metáfora? Los sistemas políticos mueren, es cierto, las formas de gobierno, los regímenes administrativos también; podría decirse que en realidad no desaparecen, sino que se transforman en otros sistemas, en otras formas de gobierno, en otros regímenes administrativos. Las regulaciones estatales del mundo se van sucediendo. Pero aquello que es reglamentado, gobernado, admi-

nistrado, ya sea el país mismo o el pueblo que lo habita, o el simple individuo, sobrevive, en virtud de su naturaleza congénita a todos los sucesivos cambios de sistemas».

Pero aunque todo ello sea cierto, un hipotético austriaco de antaño replicaría con las siguientes objeciones:

«Puede que usted tenga razón, no lo sé. Pero lo que sé es que cuando recorro de nuevo los parajes y las ciudades que en otro tiempo pertenecieron a mi viejo mundo, siento una impresión muy extraña. Cierto es que los Alpes del Tirol, los lagos del Salzkammergut, los dulces horizontes de Bohemia, las desoladas mesetas del Karst, la exuberante costa del Adriático, los palacios de Viena, las iglesias de Salzburgo, las torres de Praga, todo ello permanece inmutable, al menos en su aspecto exterior. Y, sin embargo, solamente con dificultad reconozco la certeza de esa inmutabilidad externa. Porque ¿no es parte de esa forma exterior el espacio donde crece, el aire que la penetra, la luz que le da vida, y, más aún que nada, el ojo que la contempla? De manera que el

cambio, aun dejando a un lado el elemento humano, es difícil de expresar. No quiero afirmar que todos estos parajes y ciudades hayan perdido un determinado esplendor. Quizá más bien, pueda decirse que han perdido un velo, un velo caritativo, un Velo de Maya, que cubría muchas cosas. Pero de algo estoy seguro: aquí existió una vez mi mundo, un mundo al que me hallaba particularmente unido. Me sentía emparentado con la más remota aldea en los Cárpatos habitada por hutsules; no sé por qué. Y ahora, me siento extraño aun en los lugares más próximos: mi propia ciudad, mi propia calle, mi propia casa; no sé por qué. En el sentido más complejo del término me he quedado sin hogar».

Con estas palabras el viejo austriaco describe una realidad, aunque pueda parecer también misteriosa. Solo que las doctrinas modernas, económicas y biológicas, son tan superficiales que ignoran esta realidad. Estas intentan explicar la historia de la humanidad a partir del encuentro fortuito de las razas en determinados lugares de la tierra; de la simbiosis de sangre y suelo; de la

capacidad de cultivar alimentos en ese terreno en cuestión, y de las necesidades bélicas para así mejorar y extenderse. Según esta concepción, la historia de un pueblo desde su nacimiento hasta su decadencia sigue una única y primitiva línea, determinada solamente por las fuerzas materiales, la tierra, la especie y la necesidad. Para el espíritu no queda sitio; mejor (no peor), este viene definido con un pudoroso guiño como fruto de estas fuerzas materiales. No hay necesidad de polemizar contra tales concepciones nacionalistas, pues con una simple pregunta basta para disiparlas: ¿acaso la sangre y el suelo —aun sin dejar nunca de considerarlas como condiciones necesarias de la vida— han dado relieve a la tierra, han fundado o destruido imperios alguna vez, o han sido los cimientos de alguna época? ¿No fue más bien el Cristianismo —es decir, una idea puramente independiente— la que transformó la faz del mundo, y cambió hasta los caracteres y los rasgos de su paisaje? O para citar otro ejemplo, tomemos el Islam. ¿Siguen siendo los habitantes de la antigua Babilonia y de la actual

Bagdad —en cuanto a etnia— más o menos los mismos? Y sin embargo, los antiguos babilonios y los árabes modernos no se reconocerían, porque entre ellos se ha insertado la institución mundial mahometana.

No trato de enunciar aquí ninguna teoría, sino expresar solamente un hecho basado en la experiencia. *Los imperios han sido y serán fundados solamente bajo el signo de una idea superior*. Las naciones pueden fundar solamente estados. Por su verdadera naturaleza, los estados nacionales en su esencia más íntima son unidades demoniacas, y como todo lo demoniaco e idolátrico, son frenéticamente *dinámicas*, amenazadoras y amenazadas. Pero los verdaderos imperios se levantan solamente cuando un elemento divino y sobrenatural viene a mezclarse con las unidades naturales y demoniacas, para hacer que se eleven por encima de ellas mismas: una revelación o una idea superior. Porque todo verdadero imperio es un intento, aunque fallido, de fundar sobre la tierra el reino de Dios. Por lo menos, a la hora de su nacimiento es así.

El viejo austriaco, que antes hablaba, cree que su mundo muerto y desaparecido, el estado Imperial austriaco, era precisamente un auténtico Imperio de esta clase. Sus ciudades y sus paisajes han cambiado ante sus ojos, y él se encuentra sin hogar en el sentido ciertamente complicado de la expresión (aun cuando se halle en posesión de un pasaporte en regla). Solamente porque el Imperio se ha disuelto en unidades demoniacas; en los estados nacionales. Este viejo austriaco se encuentra muy lejos de idealizar aquel viejo Imperio, y más lejos aún de atribuirle las virtudes y las prerrogativas de un paraíso perdido. Después de todo, él vivió solamente el último crepúsculo de un ocaso que duró más de un siglo. Y, sin embargo, él sufre. Sufre porque un orden superior se ha hundido en otro inferior. Sufre por la pérdida de una fina dignidad personal que se nutre en la idea trascendental del Imperio, y que —sea cual sea la comunidad nacional a que pertenezca— llega hasta él, en el fragmento más mínimo.

3

¡El Imperio y su idea! ¡¿Cómo explicar claramente su significado a un lector ajeno a su existencia?! En primer lugar, el Imperio austriaco fue muy extenso, el segundo en importancia de las grandes potencias europeas, si se mide por la superficie de terreno que ocupaba su antiquísima cultura. Quien haya tenido en su mano un mapa de Europa, como era antes de la Guerra, no puede haber olvidado el perfil de Austria, semejante al de un poderoso animal, con la cabeza amenazadoramente erguida, asentado sobre un trono en el centro del continente. El Imperio comprendía, incluso en los días de su decadencia, unos veinticuatro *länder*; en los tiempos de su apogeo era suya también media Italia. Préstese bien atención, veinticuatro países; no provincias, no distritos administrativos y gubernamentales trazados con una regla, sino estructuras orgánicas originarias, cuya historia se remonta a menudo hasta la era de las grandes migraciones, e incluso a la época romana. Pero mucho más importante que la configuración

histórica de estos países es su naturaleza externa. Estos países son tan sumamente distintos los unos de los otros como para abarcar toda una serie de oposiciones. El viajero, por no hablar del investigador, entra en un mundo diferente en menos de dos horas de viaje en un tren rápido. Entre todos los estados europeos, la Austria imperial poseía indudablemente la mayor y más extensa riqueza en formas naturales. Como los Estados Unidos de América, solo que de una manera más suave y atemperada, Austria aunaba dentro de sus confines el clima del Norte con sus bosques de abetos y la flora del litoral mediterráneo, con laureles, olivos y cipreses que se levantaban sobre peladas colinas pardas. Aunaba mundos árticos con sus glaciares en la región del Ortles, y las vastas estepas asiáticas de la Puszta, las cimas trágicamente desgarradas de los Dolomitas y las melancólicas colinas bohemias, las aguas de ojos soñadores en los lagos alpinos y el mar Mediterráneo con su bello archipiélago a lo largo de la costa Dálmata, los altos pastos de los Cárpatos y las tierras bajas del Danubio, con todas las maravillas de su curso

fluvial, la naturaleza salvaje de sus vegas repletas de pájaros y las islas densamente pobladas de su afluente el Tisza. Todo lo que a Europa le ha correspondido en tesoros y maravillas naturales, lo tenía el caído Imperio, reunido en *un único* espacio, que ofrecía para la vida en común de todos sus pueblos, con el fin de que en él pudiesen encontrar la felicidad posible en esta tierra, mientras servían a una idea superior.

Y lo dicho de los tesoros naturales puede aplicarse también a la población de Austria. Ciertamente, esta no comprende todas las estirpes del continente europeo. Pero si muchas de ellas, y en particular las más importantes: germanos, latinos y eslavos.

Trece pueblos eran los habitantes de los veinticuatro países. Junto a los germanos y los magiares, que han ocupado durante siglos la mitad occidental y oriental del Imperio, están cuatro pueblos eslavos septentrionales (checos, eslovacos, polacos y rutenos o rusinos), tres eslavos meridionales (croatas, serbios y eslovenos) y tres románicos (italianos, rumanos y el extraño pueblo montañés de los ladinos). A estos doce pueblos hay que añadir una

numerosa población judía que a su vez puede dividirse en una estirpe occidental y otra oriental. La oriental vivía en la Galitzia polaca, en los lejanos bosques de la Bucovina; la occidental, en su mayor parte, en Bohemia, Moravia y Silesia, los tres reinos descendientes de la corona de Wenceslao de Bohemia. El centro de esta comunidad judía occidental era el antiguo gueto de Praga, muy famoso por sus eruditos, sus místicos cabalistas y sus leyendas.

Aquí sólo hemos enumerado los pueblos más sobresalientes que aun hoy continúan existiendo. Pero no hay que olvidar las estirpes latentes, aquellas que no aparecen en las tablas estadísticas, pero cuya sangre continúa corriendo. Por ejemplo, la antiquísima raza celta que habita en los Alpes y los Sudetes, y que ha formado sin duda la base de la esencia étnica de Austria. Luego están las legiones romanas, que establecieron sus campamentos y fortificaciones desde Suiza hasta el mar Negro, a lo largo de la cuenca del Danubio; e introdujeron el cultivo de la vid, se emborracharon, y procrearon descendencia. Austria ha sido siempre un

lugar ideal de transito, un emplazamiento clave hasta hoy día, un trágico campo de batalla donde se ha decidido el destino de innumerables grupos étnicos. Lombardos y gépidos, hunos y ávaros, tártaros y turcos. La ola de pobladores asiáticos que de tiempo en tiempo inundaba el mundo occidental, rompía siempre sobre suelo austriaco; la última vez hace doscientos cincuenta años, cuando Viena fue asediada por los turcos. Una parte de estas impetuosas estirpes de jinetes —seguidos por las caravanas de sus mujeres y niños— regresaron al Este; el resto que permaneció fue oprimido y absorbido. Pero no ha sido solo por medio de invasiones guerreras como ha llegado sangre nueva a Austria; el caleidoscopio de las nacionalidades austriacas se transformó a una velocidad sorprendente. El mismo proceso ocurrió también por medios pacíficos y legales. Cuando el cetro de los Habsburgo dominaba el Imperio español y el Sacro Imperio romano-germánico, no fue solo la política española, las formas y las costumbres españolas las que cruzaron los Alpes, sino también la sangre española. Aun hoy día, en lejanas

aldeas perdidas en la montaña, se encuentra uno con apellidos españoles.

La tierra austriaca tenía una fuerza secreta que propiciaba la formación de humus. Pueblos enteros y etnias, cuyas huellas esta tierra soporta, son algo así como las hojas caídas del otoño anterior; ella las absorbe a todas en su seno y las convierte en algo nuevo. ¿En qué? Aquí nos acercamos ya a la idea.

Pero antes, una comparación, aun cuando no sea completamente exacta. Volvemos a citar a los Estados Unidos de América: ellos son un auténtico imperio, no una «entidad demoniaca» natural, sino la tentativa de dar forma a una idea superior y extraordinaria. Esta idea constitutiva no es menos difícil de formular que la austriaca. Si se la define como «la mayor libertad individual posible dentro de una comunidad altamente responsable» —esto no es más que una declaración banal y pomposa, en contradicción con la realidad, y que será recibida por los conocedores de la actual situación con una sonrisa compasiva. Pero las ideas no son la misma cosa que los conceptos, no son esencias del

puro intelecto. Las ideas tienen su lado sensible. El mismo Platón no incluye bajo lo que él llama «ideas» ninguna clase de abstracciones, sino más bien «arquetipos», es decir, los modelos de todo ser creado; imágenes en todo caso. Uno no puede nunca asimilar una idea, si no puede verla representada en su hecho corpóreo, si no puede tocarla, olerla y saborearla. Los Estados Unidos tienen su idea, y la fórmula anteriormente citada no es más que una vaga tentativa de concretar su naturaleza.

El viejo Imperio europeo y la todavía joven República americana coinciden en ciertos presupuestos. Ambos, como ya se ha dicho, son imperios de pueblos y no estados nacionales. Ambos han surgido a través de la unión y el compromiso mutuo de diferentes etnias y pueblos. En ambos, un determinado pueblo ha adquirido la supremacía y asimilado a los otros. En la República transatlántica fueron los anglosajones quienes establecieron su lengua y su forma de vida; en el Imperio europeo fueron los germanos, pero quienes por desgracia en los grandes momentos decisivos no mostraron la altura para desempeñar su cometido.

Quizá uno deba admitir, para hacer justicia a los alemanes de la vieja Austria, que ninguna nación del mundo, podría llevar a cabo una tarea que era infinitamente más difícil que la que realizaron los anglosajones en América. Los Estados Unidos no es un imperio nato sino creado; y no fue construido además en las épocas oscuras de la historia, sino en las más luminosas, a raíz de una fiebre migratoria, mediante una especie de explosión europea que lanzó a las gentes hacia América del Norte. Se les compara a menudo con un horno de fusión de razas. Y realmente, la enorme y singular fuerza del continente transatlántico ha conseguido transformar en el transcurso de pocas generaciones toda una diversidad de pueblos distintos en cien por cien americanos. Una nueva nación, en parte, ha sido formada, en parte se encuentra en proceso de formación. Pero con este proceso surge el peligro demoniaco que amenaza a la idea superior.

Así llegamos ahora a los grandes contrastes que ponen un límite a la comparación aquí expuesta. Están desarrollados en las metáforas empleadas para caracterizar a los dos países: América es el

gran horno de combustión rápida, mientras que en el humus austriaco se absorbe lentamente. El primer proceso es mecánico, y se contrapone al proceso orgánico del segundo.

También la idea de la vieja Austria pretendía que, el que allí fuese a establecerse, debía ser cultivado de nuevo, transformado. Exigía de él que no fuese solo un alemán, un ruteno, o un polaco, sino también algo más, que estaba por encima de todo ello. Sería una exageración decir que este sacrificio exigido por la idea, era un completo *sacrificium nationalis*. Y, sin embargo, era algo similar. Significaba una renuncia a todas las cómodas afirmaciones del propio yo; una renuncia que exigía el abandono de los instintos de la propia sangre, y dejar a un lado la necesidad de triunfo de la propia estirpe. Y solo aquel que renunciaba a todo ello, que hacía decididamente este sacrificio, podía obtener la elevada consagración a la idea, podía ser transformado y convertirse de alemán o checo en un nuevo hombre, en austriaco. Y este nuevo hombre, forjado de nuevo, el austriaco, estaba destinado por la idea superior a ser

un maestro de los hombres. Su humanidad, testificada por la grandeza de su sacrificio, sería como una luz, que había de brillar para que los que todavía eran jóvenes, bárbaros, y apegados a su terruño, pudiesen ser iluminados y convertidos. Esta designación, la de ser «maestro en el Este», ha desaparecido, junto con la vieja Austria. Pero antes de que esto ocurriera, ya había sido enterrada. Solo pocos lo sabían.

4

El primero que intuyó lo que yo he denominado la idea «Austria» fue nada menos que Carlomagno. En el pequeño territorio, cuyo centro estaba constituido por la ciudad del vino, la ciudad de Viena, puso la primera piedra de la llamada Marca Oriental. Y desde el momento de su fundación, la Marca Oriental tuvo una doble tarea que llevar a cabo. Tenía que defender y tenía que instruir. Tenía que ser una indestructible barricada que protegiese Occidente del asalto bárbaro. Y al mismo tiempo tenía que controlar y civilizar a estos

bárbaros, educarlos convertirlos de hombres sanguinarios, demoniacos y primitivos, en cristianos occidentales. Esta misión de Austria no ha cambiado en nada a lo largo del curso de la historia. Lógicamente tuvo que desaparecer en el momento en que la humanidad demoniaca y primitiva bajo la forma de un moderno nacionalismo y acompañada de doctrinas científicas, había oscurecido la idea imperial cristiano-occidental.

El día de Navidad del año 800, Carlomagno recibió de manos del Papa León III la corona de los césares romanos. Este ha sido uno de los grandes sucesos que nuestra tierra ha visto. El viejo Imperio, cuyo poder había estado apagado durante tantos siglos, renacía otra vez. Era nuevo, en el sentido más auténtico de la palabra, porque a diferencia de César Augusto, Adriano, o Marco Aurelio, el nuevo césar no era solamente un símbolo de soberanía terrenal, tampoco el representante de aquel *quiritismo* que por su superioridad política, había reducido al viejo mundo, *urbe et orbem*. No había ningún antiguo pueblo soberano, ningún heredero del *quiritismo* que pudiese

llevar adelante el Imperio a la manera de los romanos. En su lugar estaba la cruz, que unía en un solo símbolo la línea horizontal de la tierra y la vertical de lo supraterrenal. El orbe en la mano izquierda de Carlomagno, símbolo del globo terráqueo, llevaba la cruz como remate. César y Cristo, dos poderes profundamente antagonistas, se habían aproximado uno al otro, tanto como es posible en la tierra, a la idea del nuevo «Sacro Imperio romano de la Nación Alemana». Pero ese punto del orbe sobre la mano izquierda del emperador, en el que la cruz se alzaba, debiera haber sido la Marca Oriental.

Y en realidad así fue. En un principio situada en la periferia, se fue moviendo cada vez más al centro. Lo mismo que un fuerte imán, permanecía fija y atraía hacia ella, como si fueran limaduras de hierro, a los pueblos jóvenes. Y entonces llegó su gran hora. Se convirtió en el núcleo y joya del Sacro Imperio romano, cuando asumieron el poder los herederos espirituales más auténticos y legítimos del césar Carlomagno. Fue la Casa de los Habsburgo la que reinó sobre las tierras

hereditarias austriacas, y mantuvo, con pocas interrupciones, el título *imperial y romana* hasta su fin.

Cuando a principios del siglo XIX empezó a extenderse la oleada del nacionalismo alemán, el Habsburgo entonces reinante, Francisco I, disolvió el Sacro Imperio romano de la Nación alemana, dejando de llamarse asimismo emperador Romano para tomar el título de «emperador de Austria». Era un intento desesperado por salvar la idea de la unidad de los pueblos. Una retirada, una concentración sobre la posición más fuerte. Y los que se aprovecharon de ello, fueron la familia real prusiana de los Hohenzollern, enemigos hereditarios de Austria y de la idea del Sacro Imperio. Deliberadamente azuzaron a los demonios del nacionalismo pangermanista. Después de sus victorias sobre Austria y Francia en 1870–1871, consiguieron poner bajo su control a los pequeños estados alemanes y de este modo unificarlos. Entonces se produjo una de las peores jugarretas lingüísticas de la historia mundial. La Gran Prusia se dio a sí misma el título de «Imperio alemán», cuando todo lo más, era simplemente un estado

nacional, una entidad demoniaca, lo contrario a un reino nacido de la unión de pueblos bajo una idea superior. Pero los reyes prusianos se arrogaron a sí mismos el título de *kaiser*. *Kaiser* es la forma griega de césar. Todo *kaiser* es el sucesor de los césares que fundaron la hegemonía supranacional del mundo civilizado occidental. Y el cesarismo es precisamente lo opuesto a las realezas tribales. Los Hohenzollern fueron unos reyes afortunados que, llenos de odio contra los legítimos césares de la Casa de los Habsburgo, usurparon con éxito un título imperial vacío.

El primer césar de los Habsburgo se llamó Rodolfo. Procedía de Aarau, en Suiza. Su origen suizo no está exento de un significado simbólico. Conocido es que la neutralidad y la tolerancia nacional son virtudes típicamente helvéticas. Si uno da crédito a las fuentes históricas y a las leyendas que las adornan, Rodolfo, aparte de su energía personal y constancia, tenía ciertas cualidades que posteriormente podrían atribuirse al carácter austriaco. Su conducta en la vida era sorprendente por su sencillez: no era egotista, rechazaba

el patetismo charlatán, no era un frío crítico de la humanidad, sino un observador cordial dotado de sentido del humor, devoto de su tarea, y al mismo tiempo objetivo.

Un carácter así dio el talento que perdurado a través de los siglos siguientes, puede ser tomado fácilmente como un modelo y un mito. Naturalmente, no todos los césares de la Casa de los Habsburgo fueron así. Los hubo débiles y sin valor, los hubo indiferentes y extravagantes, muchos de ellos estaban por debajo del sano listón establecido por Rodolfo. Y hubo también algunos que consiguieron sobrepasar este listón. Pero ni estos ni aquellos pueden tomarse como la justa medida de lo austriaco.

El árbol genealógico de los Habsburgo ofrece a los ojos del observador numerosas figuras fascinantes. Tenemos a Carlos V, cuyo imperio se extendía desde el sol naciente hasta el poniente abarcando incluso el lejano México; no obstante, su alma se resquebrajó y murió como un monje capuchino. Está también Rodolfo II, su polo opuesto, cuyo imperio estaba rodeado por las grises y viejas

murallas del Hradčany, el castillo real de Praga; un oscuro y fantástico imperio donde centenares de alquimistas fabricaban oro y buscaban la piedra filosofal, mientras los nigromantes conjuraban a la muerte y los astrólogos leían las conjunciones planetarias; entre ellos hubo algunos espíritus inmortales como Tycho Brahe y Kepler. Está también aquella figura femenina recia, María Teresa, matriarca del Rococó. Pero no hablemos más sobre estas figuras por encima de la media; sino sobre otra personalidad bastante mediocre y que, sin embargo, sí daba la «talla»; hablemos del último que en varios rasgos se parecía al primero, del césar reinando en el crepúsculo de un mundo.

5

Nos detendremos entonces sobre esta figura, la del emperador Francisco José, ya que su sombra se extiende sobre casi todas las narraciones de este libro. Fue su reinado lo mismo que su vida, uno de los más largos de la historia. Todo el crepúsculo del Imperio de los Habsburgo está ocupado

por la existencia de este hombre. Cuando el 21 de noviembre de la Guerra Mundial murió, era ya de noche; y allí estaba un joven e infeliz sucesor, que tuvo que asistir a la disolución final. Francisco José tenía ochenta y seis años cuando murió, y había reinado durante casi setenta años. Su vida duró casi tres generaciones. Su reino más de dos. A la edad de diez y ocho años subió al trono en medio de la revolución de 1848. Su regencia comenzó un día de diciembre, y terminó también un día de diciembre. Su determinación política, su carácter humano estuvieron siempre en armonía con la estación atmosférica, el crepúsculo invernal y la cercanía de la muerte. Cuando nació, muchos hombres del *ancien régime* aún vivían, hombres espiritualmente marcados por la Revolución francesa y que veían en Napoleón un insolente *parvenu*. Cuando Francisco José se hallaba en su lecho de muerte en el Palacio de Schönbrunn, una nueva era triunfante de gases venenosos y bombas incendiarias, de masas martirizadoras y martirizadas estaba en su más pleno esplendor. La vida de Francisco José, como un puente de un enorme arco,

unía dos épocas históricas que estaban entre sí diez veces más separadas que el siglo real que había entre ellas. No hubiera podido ser un carácter débil el que permaneciendo durante setenta años sobre la cúspide de aquel mundo, pudiese soportarlo sin quebrarse. La naturaleza de Francisco José se protegió, a su modo, contra tan insoportable destino. No es que fuese insensible, simplemente se apartaba; se encerraba en una soledad verdaderamente cesárea. Se colocaba la coraza de una dedicación sin desaliento frente al concepto de «servicio». (La pluma ya quería escribir el término dedicación fanática, pero nada sería menos verdadero que la palabra fanático referida a Francisco José). La pragmática del servicio (*Dienstpragmatik* para utilizar la expresión auténticamente austriaca) gobernaba todas las actividades, los derechos y los deberes del emperador hasta en los más pequeños detalles. Y donde esta cesaba —aunque nunca lo hacía— era reemplazada por las exigencias meticulosas e ilimitadas de su sentido del tacto; lo que por ejemplo impedía al soberano, cuando visitaba un teatro o una exposición de arte, emitir nin-

gún juicio de carácter personal. Así nació la frase de mofa que aparecía en los periódicos humorísticos: «Ha estado muy bien. Me ha gustado mucho». No era asunto del césar ser personal. Él se situaba por encima de todos los personalismos; no podía enjuiciar según su propio gusto. Incluso en una época en que la personalidad era idolatrada con esnobismo, donde lo arbitrario y el desorden travestidos como formas de libertad hacían furor; el temperamento, originariamente, caprichoso e impaciente de Francisco José consiguió reducirse a lo impersonal, al orden y a las normas.

Esto fue posible gracias únicamente a que en él, el último de su linaje, la vieja fuerza del Sacro Imperio se mantenía aún viva. El humanismo universal de esta idea alimentaba en el alma del emperador una virtud para la que la palabra *objetividad* era demasiado débil. Él, alemán de sangre y tradición, se esforzaba con profunda sinceridad en ser justo con todos los pueblos de la monarquía. Él, que procedía de una era feudal y despótica, cuyos contactos se reducían a la alta nobleza, luchó durante los últimos años de su reinado contra sus

ministros y parlamentos, entró en conflicto con su propio séquito, a favor de la demanda socialista de sufragio universal, igual y directo. Y lo inconcebible ocurrió. Un Habsburgo, que había crecido bajo Metternich, que había vuelto a restablecer vacilante al principio de su reinado las fuerzas reaccionarias, este mismo Habsburgo llegó, al final de su regia carrera, a pactar con las temidas y odiadas masas, con los trabajadores, con el proletariado revolucionario.

¿Resulta realmente este hecho tan paradójico como parece a primera vista? ¿Acaso era el césar cristiano un soberano de los ricos y de los grandes solamente? ¿No encontró de nuevo la gran idea imperial una nueva voz en aquel suceso sorprendente, en aquel acto extraordinario del viejo emperador? Los principios ligados a su tiempo a la hora de gobernar no fueron ciertamente su principal determinante. Desde los inicios del Imperio, la idea había perdurado, no importa bajo qué forma política de gobierno, ya fuese el feudalismo de la Edad Media, el despotismo del Barroco, el absolutismo ilustrado, o la democracia liberal.

¿Por qué entonces, cuando sonó la hora, había de rehusar vestir los ropajes del socialismo? La lucha por el sufragio universal, conducida desde el trono, era un símbolo de esta disposición. La amplitud universal del pensamiento austriaco no incluía el mantenimiento eterno del poder por las clases que lo sustentaban. La guerra entre el capital y el trabajo, cualquiera que fuese su forma, no atacaba en su más íntima esencia la idea imperial. Para ella el frente de combate estaba en otros niveles. Tenía que buscar con sus últimas fuerzas, aliados contra el gran enemigo. Y los encontró esta vez en las masas, entre los pobres y los muy necesitados. Porque el enemigo común era aquel violento adversario de la idea austriaca de universalidad: el odio demoniaco, la presunción vana de una parte sobre el todo. El desvergonzado endiosamiento de sí mismo, en una palabra, el nacionalismo fanático desplegado por la pequeña burguesía enfurecida de todos los pueblos. Él salió victorioso.

Las generaciones de austriacos nacidos después de 1860, los abuelos, padres, hijos y nietos,

conocieron a Francisco José solamente bajo la imagen vaga de un anciano. El solitario y anciano caballero, que según una popular cancioncilla patriótica, se sentaba en el parque de Schönbrunn, agobiado por las preocupaciones; este anciano caballero de la famosa barba blanca partida al medio, y conocida en todo el mundo; este encorvado general, ya bien cumplida la edad de retiro, vestido con la guerrera gris claro, era el último de los césares, *Augustus senex*, la cansada personificación de la idea imperial, universalmente humana. Su vida, su cara, su anciana figura frágil y elegante, se habían hecho míticas desde hacía ya mucho tiempo. Estaban en la conciencia de todo austriaco desde el día en que a los seis años, comenzaba a ir a la escuela elemental. Porque el retrato del césar estaba colgado en la pared del aula junto al crucifijo. Aquel rostro con la imperial barba blanca, que colegiales, funcionarios y soldados tenían ante sí todos los días y a todas horas, emanaba una ligera y constante ola de familiaridad distante a la que nadie escapaba. Los rasgos no eran ni impresionantemente majestuosos, ni autoritarios, ni

م

«El abismo nos atrae. Las breves páginas de este relato hablan de ello. Este es en realidad un soliloquio, y no por ello confuso, que una joven muchacha mantiene consigo misma durante el corto espacio de tiempo que necesita para subir por la amplia escalera de mármol hasta el quinto piso de un lujoso hotel.»

La escalera del hotel es una de las *nouvelle* más hermosas que salieron de la pluma de Franz Werfel. La presente edición incluye *Ensayo sobre el Imperio austriaco*, texto introductorio en el cual Franz Werfel hace una reflexión de lo que para él y para tantos otros grandes autores de su generación, como Joseph Roth o Stefan Zweig, supuso la caída del Imperio austrohúngaro y el crepúsculo de «su mundo».

IBIC: FA
ISBN: 978-84-947189-6-0
9 788494 718960 >